



BOLETÍN DEL CLERO  
DEL  
OBISPADO DE LEÓN.

---

CARTA ENCICLICA

de nuestro SSmo. Señor

LEÓN, por la Divina Providencia PAPA XIII

A LOS OBISPOS, CLERO Y FIELES DE ITALIA

---

(*Conclusión.*)

En cuanto al pueblo fiel, es necesario que ante todo se le instruya del verdadero estado de las cosas de Italia en punto á Religión, de la índole esencialmente religiosa que tiene en Italia la lucha contra el Pontífice, y del verdadero objeto á que esta lucha tiende constantemente, á fin de que vea en la evidencia de los hechos de cuántas maneras se ve amenazado en sus creencias y el riesgo que corre de verse despojado del inestimable tesoro de la fe. Formada en el ánimo esta convicción, y seguros por otra parte, y que sin la fe es imposible complacer á Dios y salvarse, comprenderán que se trata de asegurar el mayor, por no decir el único interés que en la tierra tenemos obligación de anteponer á cualesquiera otros á costa de cualquier sacrificio, so pena de la eterna infelicidad. Fácilmente comprenderán, además, que siendo el actual un tiempo de lucha, sería suma vileza abandonar el campo y ocultarse. Su deber les obliga á permanecer en su puesto y á mostrarse á cara descubierta verdaderos católicos, así en creencias como en obras, conforme á su fe; y han de hacer esto tanto en honor de su misma fe y gloria del Sumo Capitán cuyas banderas siguen, como para no tener la

infinita desgracia de ser repudiados en el día postrero por el Supremo Juez, que ya declaró que quien no está con Él contra Él está. Sin ostentación, pero sin timidez, den prueba de aquel verdadero valor que nace del conocimiento de que se cumple un sacrosanto deber contraído con Dios y con los hombres. A esta franca confesión de su fé, los católicos deben añadir una perfecta docilidad y un filial amor á la Iglesia; una sincera reverencia á sus Obispos, y una absoluta devoción y obediencia al Romano Pontífice. En suma: reconocerán cuánto les importa apartarse de todo lo que es obra de las sectas, ó que de las sectas recibe impulso y favor, porque seguramente ha de estar contaminado del anticristiano espíritu que las anima, y en su lugar las ventajas que ha de producirles el entregarse con actividad, valor y constancia á las obras católicas, á las instituciones y Asociaciones bendecidas por la Iglesia y fomentadas y sostenidas por los Obispos y el Romano Pontífice. Y porque el principal instrumento de que se sirven nuestros enemigos es la prensa, en gran parte inspirada y sostenida por ellos, conviene que los católicos o pongan la prensa buena á la mala para defensa de la verdad, tutela de la Religión y apoyo de los derechos de la Iglesia. Y del mismo modo que es obligación de la prensa católica descubrir los pérfidos planes de la secta, auxiliar y secundar la acción de los sagrados Pastores, y defender y propagar las obras católicas, así también es deber de los fieles sostener eficazmente á la prensa buena, ya negando ó retirando todo favor á la mala, ya directamente concurriendo cada uno en la medida de sus fuerzas á hacerla vivir y prosperar, en lo cual creemos que todavía no se hace bastante en Italia. Por último, los documentos dados por Nos á los católicos, especialmente en la Encíclica *Humanum genus*, y en la otra *Sapientiæ christianæ*, por manera singular deben aplicarse é inculcarse á los católicos de Italia. Si para permanecer fieles á estos deberes tienen que padecer ó sacrificar algo, animense pensando que el reino de los cielos sufre violencia, y que sólo por la violencia se conquista, y que quien se ama y ama á sus cosas más que á Jesucristo no es digno de Él. El ejemplo de tantos invictos campeones como en todo tiempo lo han sacrificado todo en aras de la fé, y los singulares auxilios de la gracia, que hacen suave el yugo de Jesucristo y ligero su peso, deben ser bas-

tante poderosos para templar su valor y sostenerlos en este glorioso combate.

Del presente estado de cosas en Italia no hemos considerado hasta aquí sinó el lado religioso, por ser el que principalmente nos interesa y por convenirnos esencialmente en razón del apostólico ministerio que ejercemos. Pero aumenta el valor de la obra si se considera también el lado social y político de la cuestión, y ven de este modo los italianos que no es sólo el amor de la Religión, sinó el más noble amor de la patria, el que debe moverles á contrarrestar los impíos intentos de las sectas. Para convencerse de ello basta con observar qué porvenir preparan á Italia las gentes que tienen por objeto—y no lo disimulan—el guerrear sin tregua contra el Catolicismo y el Pontificado.

La prueba que suministra el pasado es en sí misma muy elocuente. Lo que en este primer período de su nueva vida ha experimentado Italia en la moralidad pública y privada, en seguridad, orden y sosiego interior, en prosperidad y riqueza nacional, lo dicen más claramente los hechos que lo que podríamos decir de palabra. Aun los mismos que tendrían interés en ocultarlo, obligados por la fuerza de la verdad no lo ocultan. Sólo diremos que en su actual condición, por triste pero verdadera necesidad, las cosas no pueden seguir otro curso que el que llevan. Aunque alardea de un espíritu de beneficencia y filantropía, la secta masónica no puede ejercer sino una influencia funesta, y funesta precisamente porque combate y aspira á destruir la Religión de Cristo, que es la verdadera bienhechora de la humanidad.

Sabido es de todos cuánto y por cuántos motivos influye saludablemente la Religión en la sociedad. Incontestable es que la sana moral pública y privada constituye el honor y la fuerza de las naciones. Pero es igualmente incontestable que sin la Religión no puede existir buena moral pública ni privada. De la familia sólidamente formada sobre sus naturales bases, la sociedad saca vida, incremento y fuerza. Pues sin Religión y sin moralidad el consorcio doméstico no tiene estabilidad ninguna y los lazos de la familia se aflojan y desatan. La prosperidad de los pueblos y los Estados viene de Dios y de sus bendiciones. Si un pueblo no solamente niega que proceda de Él, sino que contra

Él se levanta, y en la soberbia de su corazón tácitamente le declara que para nada le quiere ni le necesita, aquella prosperidad no será más que apariencia y sombra destinada á desvanecerse en cuanto plazca al Señor confundir la audaz soberbia de sus enemigos. Penetrando la Religión en el fondo de la conciencia, hace sentir á cada cual la fuerza del deber y le mueve á cumplirlo. La Religión es la que comunica á los príncipes sentimientos de justicia y de amor hacia sus vasallos; la que hace á los súbditos fieles y sinceramente adictos á los príncipes; la que da rectitud y bondad á los legisladores, y hace justos é incorruptibles á los jueces, valerosos hasta el heroísmo á los soldados, probos y diligentes á los administradores. La Religión es la que hace que reine la paz y el afecto entre los cónyuges, y el amor y reverencia entre padres é hijos; la que inspira al menesteroso respeto hacia los bienes ajenos, y al rico el buen uso de sus riquezas. De esta fidelidad al propio deber, y de este respeto al derecho del prójimo, nacen el orden, el sosiego y la paz, que tanto contribuyen á la prosperidad de un pueblo y de un Estado. Pero suprimase la Religión, y todos estos preciosísimos bienes desaparecerían con ella.

Para Italia esta pérdida sería todavía más sensible que para ninguna otra nación. Sus glorias más brillantes y sus mayores grandezas, que le dieron la primacía sobre las naciones más cultas, son inseparables de la Religión; la cual, ó las produjo, ó las inspiró, ó las favoreció de seguro, ayudándole á realizarlas y dándoles incremento. Por las libertades públicas hablen las ciudades; por las glorias militares hablen tantas empresas memorables como se llevaron á término contra los enemigos del hombre cristiano; por la ciencia hablen las Universidades, que fundadas, favorecidas y llenas de privilegios por la Iglesia, la dieron asilo y le sirvieron de teatro; hablen por el arte los monumentos de todo género de que está sembrada Italia; hablen por las obras y establecimientos destinados á favorecer á los menesterosos, á los desheredados y á los jornaleros tantas fundaciones de la caridad cristiana, tantos asilos abiertos á toda indigencia é infortunio, y las Asociaciones y Corporaciones que nacieron y se desarrollaron al amparo de la Religión. La virtud y la fuerza de la Religión son inmortales, porque la Religión viene de

Dios, y Dios la colmó de tesoros de caridad, de remedios eficacísimos para atender á las necesidades de todos los tiempos y de cualesquiera épocas, á las cuales sabe adaptarlos maravillosamente. Lo que ha podido y sabido hacer en otros tiempos, es capaz de repetirlo también ahora con su virtud, siempre nueva y robusta. Por consiguiente, privar á Italia de la Religión es secar de una vez el manantial más fecundo en tesoros y auxilios inestimables.

Además, uno de los mayores y más formidables peligros que rodean á la sociedad actual es el movimiento *socialista*, que amenaza trastornarla hasta en sus fundamentos. De tan grave peligro no está exenta Italia; porque si bien otras naciones están más infestadas que Italia de este espíritu de trastorno y desorden, no es menos cierto que en sus comarcas va penetrando ese espíritu y cada día adquiere nuevo vigor. Y es tal su naturaleza, tanta la fuerza de su organización, tanta la audacia de sus jefes, que es preciso reunir todas las fuerzas conservadoras para contener sus progresos é impedir con dichoso resultado su triunfo definitivo. De estas fuerzas conservadoras, la primera y principal es la que ofrecen la Religión y la Iglesia. Sin ellas resultarán vanas é insuficientes las leyes más severas, el rigor de los tribunales y aun el mismo ejército. Como ya en otro tiempo la fuerza no bastó contra las hordas bárbaras, y sólo pudo contra ellas la virtud de la Religión cristiana, que penetrando en su ánimo apagó su ferocidad, mejoró sus costumbres y las hizo dóciles á la voz de la verdad y el derecho, así también contra la furia de las muchedumbres desenfrenadas no se hallará eficaz remedio sino en la virtud saludable de la Religión, la cual, iluminando las inteligencias con la luz de la verdad é inculcando en los corazones los santos preceptos de la moral de Jesucristo, les hará oír la voz de la conciencia y el deber y antes que á la mano pondrá freno al ánimo y calmará el ímpetu de las pasiones. Así, pues, combatir contra la Religión es privar á Italia del auxiliar más poderoso en la lucha contra un enemigo que todos los días se presenta más formidable y amenazador.

Pero esto no es todo. Como en el orden social la guerra hecha contra la Religión resulta funestísima y mortal para Italia,

así también en el orden político la enemistad con la Santa Sede y el Romano Pontífice le acarrean males de muchísima consideración. Tampoco aquí es necesaria la demostración. Basta á nuestro propósito con resumir en breves palabras las conclusiones á que se ha llegado. La guerra contra el Papa significa para Italia una profunda división interior entre el elemento oficial y la gran mayoría de los italianos, verdaderamente católicos. Toda división es debilidad. Se quiere privarla del favor y el concurso de la parte más puramente conservadora; es decir, tratan de alimentar en el seno de la nación un conflicto religioso que no ha podido contribuir al público bienestar, y que lleva consigo el germen funesto de males y castigos gravísimos. En el exterior, el conflicto con la Santa Sede, además de privar á Italia del prestigio y el esplendor de que gozaría indefectiblemente si viviese en paz con el Pontificado, le enemista con los católicos de todo el mundo, le obliga á inmensos sacrificios, y en cualquier ocasión pueden servirse de ella sus contrarios como de un arma de combate.

He aquí el bienestar y la grandeza que proporcionan las sectas á Italia, la cual, teniendo en la mano sus destinos, hace cuanto puede para abatir, según los impíos deseos de las sectas, la Religión católica y el Pontificado.

Supóngase, por el contrario, que rota toda la confabulación y solidaridad con las sectas, se consienta á la Iglesia, que es la fuerza social más poderosa, entera libertad para el pleno ejercicio de sus derechos. ¡Qué cambio tan feliz no se operaría en los destinos de Italia! Cesarían con la lucha los males y peligros, frutos de la guerra contra la Religión, que ha poco lamentábamos; y no sólo esto, sino que volverían á florecer en la bendita tierra de la Italia católica las glorias y las grandezas en que la Religión y la Iglesia fueron siempre fecundas. De su divina virtud germinaría espontánea la reforma de las costumbres, se reforzarían los vínculos de la familia, y en toda clase de ciudadanos se manifestaría más vivo el sentimiento del deber y la fidelidad de su observancia. Los problemas sociales, que ahora preocupan tan hondamente, buscarían naturalmente la mejor y más completa solución merced á la aplicación práctica de los preceptos de la caridad y la justicia evangélicas. Las públicas libertades, que no podrían degenerar en licencia, servirían únicamente al bien y serían verdaderamente del hombre. Las ciencias, de cuyas verdades es maestra la Iglesia, y las artes, por la potente inspiración que la fe recibe de lo alto y que la Religión sabe infundir en las almas, subirían presto á nueva excelencia. Hecha la paz con la Iglesia, quedarían más firmemente cimentadas la unidad religiosa y la concordia civil; cesaría la división entre los católicos fieles á la Iglesia y á Italia, la cual adquiriría por este modo

poderosos elementos de orden y conservación. Atendidas que fuesen las justas reclamaciones del Romano Pontífice, reconocidos sus soberanos derechos y repuesto él mismo en condición de verdadera y efectiva independencia, los católicos de otras naciones ya no tendrían motivo para ver en Italia al enemigo de su Padre común, mientras que ahora esas naciones, no por extraño impulso ni sin conciencia de lo que quieren, sino por sentimientos de fe y dictamen del deber, alzan la voz, y al unísono reivindican la dignidad y la libertad del Supremo Pastor de las almas. Así, de vivir en armonía con la Iglesia, crecería el respeto y consideración para Italia de los otros Estados de Europa. Y como por modo especial la Santa Sede ha hecho experimentar á los italianos los beneficios de su presencia entre ellos, así también con los tesoros de fe que se difunden siempre de este centro de bendición y salud hizo que, respetado y grande, se extendiera por todas las naciones el nombre italiano. Reconciliada Italia con el Romano Pontífice y fiel á su Religión, hallaríase dispuesta á emular dignamente las grandezas de sus mayores, y de todo cuanto es verdadero progreso de nuestra edad recibiría nuevo estímulo para adelantar más en su gloriosa senda. Y Roma, ciudad católica por excelencia, predestinada por Dios para centro de la Religión de Cristo y Sede de su Vicario, al cual debe su estabilidad y grandeza al través de tantos siglos y de tan variada mudanza, respuesta bajo el pacífico y paternal cetro del Romano Pontífice, volvería á ser lo que la hicieron la Providencia y los siglos, no limitada á la condición de cabeza de un reino particular, no dividida entre dos diversos y soberanos poderes, dualismo contrario á su historia, sino capital digna del mundo católico, grande con toda la majestad de la Religión y del sumo Sacerdocio, maestra y ejemplo de moralidad y de civilización para los pueblos.

No son estas, Venerables Hermanos, vanas ilusiones, sino esperanzas que se apoyan en los más sólidos y verdaderos fundamentos. La afirmación que de algún tiempo á esta parte va divulgándose de que los católicos y el Pontífice son enemigos de Italia y tienen establecida alianza con sus adversarios, no es más que gratuita injuria y desvergonzada calumnia, esparcida por arte de la sectas para disimular sus perversos designios y no encontrar obstáculo en la obra nefanda de descatolizar á Italia. La verdad que se desprende clarísima de cuanto hemos dicho hasta ahora, es que los católicos italianos son los mejores amigos que tiene su propio país, y que dan prueba de fuerte y verdadero amor, no solamente hacia la heredada Religión, sino también hacia su patria, separándose enteramente de las sectas, odiando el espíritu y las obras de éstas, haciendo todo esfuerzo para que Italia no pierda, sino conserve vigorosa la fé; no combata á la Igle-

sia, sino le sea fiel como hija que es suya, y no persiga al Pontificado, sino que con él se reconcilie.

Valéos de todos los hombres, de cualquier condición que sean, á fin de que la luz de la verdad se abra paso en medio de la multitud, para que ésta tenga, finalmente, que comprender dónde se hallan su bién y verdadero interés, y se persuada de que sólo de la fidelidad á la Religión y de la paz con la Iglesia y con el Romano Pontífice puede esperar Italia un porvenir digno de su glorioso pasado. En lo cual querríamos que parasen mientes, no diremos los afiliados á las sectas, los cuales de propósito deliberado tratan de asentar sobre la ruina de la Religión católica el nuevo centro de la Península, sino los italianos que, sin acoger tan infames pensamientos, coadyuvan á la obra de aquellos sosteniendo su política, y particularmente los jóvenes, tan fáciles al error por efecto de la inexperiencia y predominio del sentimiento. Quisiéramos que todos se persuadiesen de que el camino que se está recorriendo ha de ser fatal para la Italia; y si Nos denunciarnos una vez más este peligro, no otra cosa nos mueve sino la conciencia del deber y el amor de la patria.

Mas para iluminar las inteligencias y hacer útiles nuestros esfuerzos ha de invocarse sobre todo el auxilio divino, por lo cual á nuestra común acción ha de juntarse, Venerables Hermanos, una oración ferviente, una oración constante, general, confiada, que haga dulce violencia al corazón de Dios, que le disponga en favor de nuestra Italia para que aparte de ella cualquier desventura, y singularmente la más terrible de todas, que es la pérdida de la fe. Pongamos por mediadora con Dios á la gloriosísima Virgen Maria, invicta Reina del Rosario, que tanto poder tiene contra las fuerzas infernales, y tantas veces ha hecho experimentar á Italia los efectos de su maternal predilección. Acudamos también confiados á los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, que conquistaron para la fe esta tierra bendita, la santificaron con sus empresas y la regaron con su sangre.

Entretanto, sea augurio del auxilio que solicitamos y prenda de nuestro especialísimo afecto la bendición apostólica que á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y al pueblo italiano concedemos de lo íntimo del corazón.

Dado en Roma, en San Pedro, el 15 de Octubre del año 1890, décimotercero de nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.